

Kryptonita en el bolso

Kriptonita en el bolso
Ivan Cotroneo

Traducción de Raquel Marqués

Miradas 

Título de la edición original: *La Kryptonite nella borsa*

Primera edición en Libros del Silencio: febrero del 2010

© RCS Libri S.p.A. [Milano] / Bompiani, 2007

© de la traducción, Raquel Marqués García

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2010]

Provença, 225, entresuelo 3.^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño de colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Diseño de cubierta: Nora Grosse, Enric Jardí

ISBN: 978-84-937559-4-2

Depósito legal: B-4.703-2010

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A la tía Rosaria, al tío Franco

Sueños que todas las noches venís a buscarme,
venga, decidme, ¿de qué servís?
Si sois malos, me asustáis,
y las pocas veces que sois buenos,
seguís siendo sueños y sólo sueños.

FRANCESCO PISTONE, *'E ccriature* («Los niños»)

Aquella tarde de finales de septiembre de 1973, mientras las tiendas de la avenida Umberto bajaban las persianas y los primeros autobuses vacíos se dirigían hacia las cocheras Posillipo, Rosaria subía apresuradamente la escalinata de Sant'Agostino alla Zecca. Peppino, a su lado, le agarraba la mano con una especie de confianza inconsciente, como si esperase que, después de aquellos escalones, ella lo llevara quién sabe dónde. Rosaria sentía aquella presión, los deditos que se aferraban a los suyos, y comprendía también qué querían decirle. Pero sabía que no podía llevar lejos a su hijo; sabía que, como mucho, iba a llegar a la lechería que había al final de la escalinata. De un modo oscuro y doloroso, este pensamiento la hacía sentirse culpable. Pensaba en todo lo que tenía que hacer todavía, la cena, la ropa que quedaba por planchar, las cortinas que quería descolgar, y no se inmutó al ver la figura larguirucha de Gennaro, con sus leotardos azul eléctrico, su jersey de cuello alto y su capa rosa de peluquería sobre los

hombros, surgiendo desde la penumbra con el brazo extendido y avanzando amenazadoramente hacia ella.

—¡Alto! ¡No puedes pasar! ¡Llevas kriptonita en el bolso!

Rosaria suspiró pacientemente y se detuvo frente a Gennaro. Peppino conocía aquel suspiro, que quería decir «En este preciso momento estoy harta del mundo».

—Gennaro, por favor... Aún tengo que ir a por la leche y cocer la pasta para el niño... Entiéndelo, tengo cosas que hacer... Mañana lo arreglamos...

—¡No, no! ¡Llevas kriptonita! ¡La noto! —exclamó Gennaro, arrojándose al suelo y jadeando—. ¡Déjame ver!

Con resignación, Rosaria abrió la cremallera del bolso negro que se había comprado de rebajas en Collaro y se lo mostró. Gennaro se adelantó un paso e introdujo la mano con cautela. Peppino alargó el cuello para mirar; también él creía que la peligrosa kriptonita estaba ahí. Eso hubiera explicado muchas cosas: el cansancio de su madre a la vuelta del trabajo, el hecho de que algunas mañanas no fuera capaz de levantarse de la cama, o aquella manera de mirar a veces el televisor, cuando se había terminado la programación y ella se quedaba allí, como si la carta de ajuste grisácea de la Rai Radiotelevisión Italiana fuera una imagen demasiado triste para apartar los ojos de ella.

Gennaro hurgó un poco más en el bolso, observó minuciosamente una muestra de Binaca Aliento Fresco, que era verde como la kriptonita, y después levantó los ojos hacia Rosaria.

—No hay. Tenías razón. He cometido un error.

Rosaria recuperó bolso e hijo de un tirón y siguió su camino hacia la lechería.

—Si por casualidad te encuentras con Batman, salúdalo de mi parte —le espetó con irritada rabia por encima del hombro.

Peppino se dejó arrastrar por su madre, pero se volvió un momento y vio a Gennaro, con su atavío improvisado y los pies hundidos en los leotardos azules, raídos en los dedos y los talones, que retomaba su posición en la penumbra de la escalinata. Le dijo adiós con la mano, y Gennaro Superman le devolvió una sonrisa. No tenía ni un solo diente en su sitio.

Peppino había sido el último en llegar a la familia Sansone y era además el primer nieto. Era hijo de Rosaria, la mayor de los hermanos Sansone, que había querido sacarse el título de contable en el Instituto Técnico Armando Diaz, en Tribunali, y en quien todos habían depositado grandes esperanzas. La abuela Carmela conservaba aún en el dormitorio una fotografía enmarcada en la que aparecía Rosaria a la edad de dieciséis años, en bañador, apoyada en una barca de madera, en la abarrotada playa de Ischia Porto. Con el transbordador de la Lauro a su espalda y un sombrero de paja en forma de cono, sonreía al objetivo con la mirada resuelta, propia de quien va a comerse el mundo. Parecía decir: «Si soy capaz de lucir esta porquería de sombrero y quedarme tan ancha, nada ni nadie me va a parar». Pero más adelante, después de aquella foto y pese a aquella mirada, no había sucedido nada. Rosaria había obtenido el título con una nota discreta y había empezado a hacer sustituciones escolares por la provincia de Nápoles. Mientras tanto, en un guateque en casa de unos amigos, en la

plaza Cavour, había conocido a Antonio. Las primeras palabras que había dirigido a quien sería su futuro marido habían sido claras y precisas:

—Oye, tú, aprietas demasiado cuando bailas. A mí así no me gusta.

Indignada, había abandonado el centro del salón y se había sentado en una de las sillas de formica azul dispuestas a lo largo del perímetro de la estancia. Poco más de un año después, Rosaria y Antonio se casaron en la iglesia de Sant'Antonio, en Posillipo, en lo alto de las trece bajadas, tras superar algún que otro recelo de los padres de ella, Carmela y Pasquale, que no daban grandes muestras de entusiasmo ante el hecho de que aquella hija, de la que tanto habían esperado, se casara con el dependiente más insignificante de la sucursal de máquinas de coser Singer ubicada en Afragola, cuyos padres, encima, eran del norte, y no de un norte cualquiera: eran friulanos; venían de las montañas.

Exactamente diez meses después del «sí» pronunciado delante del altar nació Peppino. El recién nacido se presentó a ojos de la familia como un bebé largo y esmirriado. Cuando la tía Titina, la hermana menor de Rosaria, lo vio por primera vez desde el otro lado del cristal del Policlínico, se echó a llorar.

—Es tan feo... Es tan feo... Madre mía, qué fea es esta criatura... —decía, sacudiendo desesperadamente la cabeza.

En efecto, Peppino no fue una preciosidad al nacer ni lo fue más tarde. Rosaria no podía negar la evidencia cuando los parientes iban a casa de visita o cuando se encontraba con algún conocido por la calle. Ninguno le dijo jamás «Qué guapo

es tu hijo»; ni siquiera «Qué graciosa es la criatura». Comprendió que era la madre de «uno del montón», como solía decirse; esperó que, por lo menos, con el tiempo el niño se revelara un prodigio de inteligencia. Durante los dos primeros años de vida de Peppino, la madre se opuso con toda su alma a que nadie le sacara fotos o lo filmara con la superocho, que durante un breve periodo del verano del 67 se había convertido en la obsesión de su hermano Federico. Por su parte, Peppino adquirió muy pronto la certeza de que no era un niño guapo, no sólo debido a que, a la edad de tres años, su tía Titina se había apresurado a detallarle la consternación que había sentido al ver al sobrino llorando, ajeno todavía a todo, en su cunita del Policlínico, sino también por la sospechosa insistencia con que su madre, entre tantos cuentos que podía haber escogido, siempre se empeñaba en contarle el del Patito Feo, con cuyo final se emocionaba invariablemente, cosa que dejaba traslucir a las claras cuánto esperaba el día en que su hijo se transformaría en el cisne de plumas blancas al que todos amarían y admirarían. Pero ese día nunca iba a llegar. El aspecto físico de Peppino mejoró tímidamente, pero estaba «justo empezando a apañarse», como decía su madre, cuando en el primer curso de primaria se dieron cuenta de que tenía que llevar gafas. Lo que faltaba: el crío era miope. Peppino fue el primer niño de su clase que llevó unas de aquellas gafas de celuloide, a través de las cuales se le veían los ojillos chiquitines. No sólo llevaba gafas, sino que las llevaba tan mal que se le escurrían de la nariz y se le rompían constantemente. Para no tirar el dinero, Rosaria se resignó a que saliera de casa con las patillas pegadas con cinta adhesiva.

A veces, cuando su hijo estaba con otros niños, Rosaria lo miraba. Lo quería tanto que sentía como si fuera a estallarle el corazón, y se odiaba porque comprobaba con pena cuán distinto era a los demás: más feo, más inseguro, más frágil. Le parecía que no conseguía hacer nada con naturalidad, ni siquiera correr detrás de una pelota o jugar al escondite. Le parecía que en el juego del silencio, en lugar de transmitir contención de energía, como los demás, tenía un aire melancólico, mustio y abandonado. La nariz, que era correcta cuando era bebé, parecía curvárselo bajo el peso de la montura. Los dientes le estaban creciendo torcidos; Rosaria lo veía perfectamente. Sabía que tendría que ponerle aparatos, pero no tenía valor ni de planteárselo. Quería que hubiera sido distinto, más guapo, y que hubiera tenido un aire menos desorientado. Cuando se sorprendía con esos deseos imposibles se avergonzaba tanto de sí misma que se ponía colorada. Se preguntaba si lo querría más de haber sido más agraciado. Entonces corría a buscarlo, mientras él, ajeno a todo, estaba jugando o haciendo los deberes; lo vestía deprisa y corriendo, y se lo llevaba a comprarle cualquier juguete.

A pesar de todo, Peppino era muy querido. Era el primer nieto, el primer sobrino y el primer niño que nacía en la familia al cabo de veinte años. De pequeño siempre acababa en brazos de uno de sus tres tíos. Titina y Salvatore sobre todo, pero también Federico, competían por pasar el tiempo con él, cada uno a su manera. Titina intentaba ineludiblemente mejorar su aspecto: lo peinaba, le quitaba las gafas, le arreglaba la camiseta, remangándole y dejando al descubierto sus brazos

flacuchos. Cuando no estaba absorto en sus estudios, Federico lo observaba atentamente y lo sometía a pequeños juegos, que en realidad eran test de inteligencia. Había sido él, que había cursado el bachillerato y luego había estudiado derecho en la universidad, quien le había regalado *Los quince*, una enciclopedia para niños, y siempre lo animaba a leer los dos primeros tomos, «Cuentos y fábulas» y «Poesías y rimas». Cuando Peppino colocaba correctamente los palillos, encajaba en el hueco preciso un cuadrado de plástico, memorizaba un poema o respondía bien a una adivinanza, Federico parecía aliviarse.

—Por lo menos, mollera sí que tiene... —se consolaba, un poco más animado.

El tío Salvatore, el menor, por lo general jugaba con él a peleas, y le tiraba de las orejas hasta que se le ponían completamente rojas.

—¡Grandes que son, por lo menos deja que me aproveche y me divierta! —le decía, riendo.

Los padres de Rosaria intentaban compensar este guirigay de manifestaciones esquizofrénicas con un afecto incondicional, siempre presente y, en la medida en que su vida atosigada se lo permitía, constante. Cuando Peppino se quedaba a dormir en casa de sus abuelos, se lo metían en la cama, entre los dos, en el colchón que cada año tenían que abrir para quitar los nudos de la lana y cardarla, ocasiones en que la casa se llenaba de madejas. Peppino se quedaba dormido entre aquellos olores tan distintos a los de sus padres e incluso creía tener sueños diferentes y más cálidos.

Rosaria siempre se había figurado que tendría un solo hijo,

y el nacimiento de Peppino terminó de convencerla. Se decía que eso no tenía nada que ver con su descontento, sino con el hecho de que estaba segura de que no habría soportado la fatiga física de tener otro hijo. Poco después de su matrimonio, mientras Antonio empezaba a hacer carrera en la tienda de máquinas de coser de Afragola y había pasado de simple dependiente a encargado, y después a jefe de la tienda, Rosaria puso punto final a sus sustituciones escolares. Un día se encontró frente a una clase integrada casi por completo por niños que la miraban con malicia y le hicieron llegar hasta los oídos ciertos piropos desagradables, momento en el que dijo: «Esto se acabó». Encontró un trabajo mucho más tranquilo, de secretaria en una gestoría, donde la trataban de usted y donde, en cualquier caso, se sentía más abrigada, sobre todo gracias a la presencia de una colega de su misma edad, Assunta Cozzolino, que tenía todos los números para ser la chica más desgraciada que Rosaria hubiera conocido, y que, con sus tragedias sentimentales y familiares, hacía que se sintiera mucho más segura de sí misma.

A menudo Rosaria creía no poseer la fortaleza suficiente para hacerlo todo: trabajar, cuidar de Peppino y de la casa, ser una buena esposa, llevar siempre arreglada la permanente... Se avergonzaba de sus deseos y de anhelar tiempo para sí, apartada del resto de la gente. Esperaba los raros momentos de soledad con un ansia que la incomodaba. Le gustaba ir a la peluquería; normalmente acudía una vez al mes. Cambiaba siempre de salón con la excusa de que nunca estaba contenta con cómo la habían peinado la vez anterior, pero en realidad sólo que-

ría ir a donde nadie la conociera, a donde nadie le preguntara nada, a donde se ocuparan de ella durante hora y media mientras hojeaba revistas y fingía ser otra persona. Sólo esperaba que Peppino no se diera cuenta. A veces veía que su hijo la observaba como si lo supiera todo, como si estuvieran mucho más unidos, más fundidos, como si fueran mucho más parecidos de lo que ella pudiese llegar a imaginar. Su hijo la miraba de repente y parecía querer decirle: «Lo sé, sé cómo te sientes y lo siento. Pero yo no tengo la culpa». En aquellos momentos, Rosaria sonreía a Peppino como si quisiera ahuyentar todos los miedos y lo abrazaba, dejando que el niño le hundiese la cara en el cuello, en parte para mostrarle su cariño y en parte para no mirarlo a los ojos.

A Peppino le tocaba casi todos los domingos ir de procesión por las casas de sus tíos. Tenía un número impreciso de tíos; es más, le daba la sensación de que variaba de una semana a otra, puesto que, en cuanto conseguía ubicar a uno, aparecía otro que le desbarataba las ideas. De muchos de ellos no sólo era incapaz de determinar qué ramas de parentesco los unían a su madre y, por tanto, a él, sino que ni siquiera conocía sus verdaderos nombres, porque en familia se hablaba de ellos y se los llamaba exclusivamente por el sobrenombre. Estaba el tío Científico, así llamado porque era el único de la rama colateral de la familia a la que pertenecía que tenía el graduado escolar; sus consanguíneos no habían pasado de quinto de primaria. Estaban el tío Gigino de las Sillitas, que tenía un negocio de sillas de anea en la Annunziata, y su mujer, la tía Enzina de las Sillitas; el tío Bolo, a quien apodaban así porque se paseaba en su vespa gris sacando pecho, todo rumboso, y el tío Conde, que no era que ostentara ningún título nobiliario, sino que vivía en la escalinata del Conde de Mola. Estaba el tío Capellán, que

en realidad nunca había manifestado vocación religiosa alguna ni había ido al seminario, pero que desde pequeño había sido de talante serio y misteriosamente contrito. Estaba la tía Cajasfuerres (por el género de la mercancía que vendía en su tienda); la Bellablú (por el nombre de su boutique); la tía Española, que era napolitana de cuatro generaciones, pero a menudo se cubría con un mantón; el tío Sietebellezas (de acuerdo con la opinión unánime de todos, el más feo); el tío Carnicero, el tío Monigote y el tío Franco Bebuccio, a quien llamaban más a menudo tío Franco Bebi. Estaban la tía Solterona, las tías Señoritas, la tía Muñeca y la tía Muñequita (que no eran, como podría pensarse, madre e hija), la tía Viuda y la tía Huérfana, la tía Cantante y la tía Alcahueta, la tía Adela (aunque no parezca un apodo, en realidad se llamaba Antonietta, pero todos la llamaban Adela para no confundirla con otra pariente), la tía Monja (que no es que visitara mucho al tío Capellán; al contrario, no podía ni verlo) y también la tía Piensayreflexionabien, llamada de esta manera porque antes de tomar cualquier decisión se llevaba el índice de la mano izquierda a la sien y se exhortaba a someterse a un momento contemplativo, pronunciando en voz alta el susodicho llamamiento a la meditación.

Obviamente, cada tío tenía hijos y sobrinos que embrollaban aún más el cuadro, y cuando Peppino oía una frase del tipo «Me he encontrado a Nena en Port'Alba, la hija de la tía Muñeca, que paseaba con la prima de la tía Cajasfuerres, e iban a casa de Luciano, el del tío Bebi, porque era el cumpleaños de Sasà», la cabeza le daba vueltas y de golpe se sentía perdido.

A lo largo de una mañana cualquiera de domingo, Peppi-

no, su madre y su padre podían llegar a visitar la casa de cinco o seis tíos, sin más finalidad que saludarlos y saber cómo andaban las cosas. En cada casa se presentaban con un obsequio, normalmente café y azúcar; a veces, una botella de licor de mandarina Isolabella, una de Vov o de Zabov, o un clásico Strega. Peppino salía de cada visita con una pequeña cantidad de dinero, habitualmente un billete tan doblado que parecía un sello, que le deslizaban en un bolsillo del peto. En muchas casas le ofrecían una de las cosas que más le gustaban: una rebanada de pan tostada en el hornillo de gas. Ya en casa, su madre lo ayudaba a sacar de los bolsillos los billetes que les habían dado; después cogía unos cuantos, principalmente para comprar más azúcar, café, licor de mandarina, Vov y Zabov para el domingo siguiente, y dejaba una parte de las propinas a Peppino, que las escondía, contentísimo, en algún sitio donde su tío Salvatore y su tía Titina no las encontrarán, porque éstos nunca tenían una lira pero siempre tenían algo que hacer; como decía su madre, tenían vicios de sargento y paga de cabo.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EL MES DE FEBRERO DEL 2010

S

*¿Y qué es lo que vio allí, reflejado en las aguas transparentes?
Vio su propia imagen, y ya no era la de un pájaro torpón,
sucio, gris, feo y repugnante:
era un cisne.*

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

www.librosdelsilencio.com